

Marguerite Duras

EL AMANTE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MARGUERITE DURAS
EL AMANTE

Traducción de Ana María Moix

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *L'amant*

1.^a edición: diciembre de 1984

31.^a edición: septiembre de 2024

1.^a edición en esta presentación: marzo de 2025

© 1984, Les Éditions de Minuit

Traducción de Ana María Moix

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-594-7

Depósito legal: B. 2.152-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Un día, ya entrada en años, en el vestíbulo de un edificio público, se me acercó un hombre. Se presentó y me dijo: «La conozco desde siempre. Todo el mundo dice que de joven era usted hermosa, me he acercado para decirle que en mi opinión la considero más hermosa ahora que en su juventud, su rostro de muchacha me gustaba mucho menos que el de ahora, devastado».

Pienso con frecuencia en esta imagen que solo yo sigo viendo y de la que nunca he hablado. Siempre está ahí, en el mismo silencio, asombroso. Es, entre todas, la que más me gusta de mí misma, aquella en la que me reconozco, que me hechiza.

Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde. A los dieciocho años ya era demasiado tarde. Entre los dieciocho y los veinticinco años mi rostro emprendió un camino imprevisto. A los dieciocho años envejecí. No sé si a todo el mundo le ocurre lo mismo, nunca lo he preguntado. Creo que me han hablado de ese empujón del tiempo que a veces nos alcanza al atravesar los años más jóvenes, más gloriosos de la vida. Ese envejecimiento fue brutal. Vi cómo se apoderaba de mis rasgos uno a uno, cómo cambiaba la relación que existía entre ellos, cómo agrandaba los ojos, cómo volvía la mirada más triste, la boca más definitiva, cómo grababa la frente con grietas profundas. En lugar de horrorizarme seguí la evolución de ese envejecimiento con el interés que hubiera puesto, por ejemplo, en la trama de una lectura. Sabía también que no me equivocaba, que un día ese envejecimiento aminoraría y emprendería su curso normal. Quienes me conocieron a los diecisiete años, en la época de mi viaje a Francia, quedaron impresionados al volver a verme, dos años después, a los diecinueve. He conservado aquel nue-

vo rostro. Ha sido mi rostro. Ha envejecido más, por supuesto, pero relativamente menos de lo que hubiera debido. Tengo un rostro lacerado por arrugas secas, la piel resquebrajada. No se ha hundido, como algunos rostros de rasgos finos, ha conservado los mismos contornos, pero la materia está destruida. Tengo un rostro destruido.

Diré más, tengo quince años y medio.

El paso de un transbordador por el Mekong.

La imagen dura toda la travesía del río.

Tengo quince años y medio, en ese país las estaciones no existen, vivimos en una estación única, cálida, monótona, vivimos en la larga zona cálida de la tierra, no hay primavera, no hay renovación.

Estoy en un pensionado estatal de Saigón. Duermo y como ahí, en ese pensionado, pero voy a clase fuera, a la escuela francesa. Mi madre, maestra, desea enseñanza secundaria para su niña. Para ti necesitaremos la enseñanza secundaria. Lo que era

suficiente para ella ya no lo es para la pequeña. Enseñanza secundaria y después unas buenas oposiciones a profesora de matemáticas. Desde mis primeros años escolares siempre oí esa cantinela. Nunca imaginé que pudiera escapar de las oposiciones a profesora de matemáticas, disfrutaba haciéndolas esperar. Siempre vi a mi madre planear cada día el futuro de sus hijos y el suyo. Un día ya no fue capaz de planear grandezas para sus hijos y planeó miserias, futuros de mendrugos de pan, pero lo hizo de manera que también esos planes siguieron cumpliendo su función, llenaban el tiempo que tenía por delante. Recuerdo las clases de contabilidad de mi hermano menor. De la École Universelle, todos los años, en todos los niveles. Hay que ponerse al día, decía mi madre. Aquello duraba tres días, nunca cuatro, nunca. Nunca. Cuando cambiábamos de destino abandonábamos la École Universelle. Volvíamos a empezar en el nuevo. Mi madre aguantó diez años. Todo era inútil. El hermano menor se convirtió en un simple contable en Saigón. Al hecho de que la École Violet no existiera en la colonia debemos la marcha de mi hermano mayor a Francia. Durante algunos años permaneció en Francia para estudiar en la École Violet. No terminó. Mi madre no de-

bía de hacerse ilusiones. Pero no podía elegir, era necesario separar a aquel hijo de los otros dos hermanos. Durante algunos años él no formó parte de la familia. En su ausencia, la madre compró la concesión. Terrible aventura, pero para nosotros, los niños que nos quedamos, era menos terrible de lo que hubiera sido la presencia del asesino de los niños de la noche, de la noche del cazador.

A menudo me han dicho que la causa era el sol demasiado fuerte durante toda la infancia. Pero yo no lo creo. También me han dicho que era el ensimismamiento en el que la miseria sume a los niños. Pero no, no es eso. A los niños-viejos del hambre endémica sí, pero a nosotros no, nosotros no pasábamos hambre, nosotros éramos niños blancos, nosotros teníamos vergüenza, nosotros vendíamos nuestros muebles, pero no pasábamos hambre, nosotros teníamos un criado y comíamos a veces, es cierto, porquerías, zancudas, caimanes, pero esas porquerías las cocinaba un criado y las servía un criado, y a veces incluso las rechazábamos, nos permitíamos el lujo de no querer comer. No, cuando

tenía dieciocho años sucedió algo que motivó que ese rostro fuera como es. Debió de suceder por la noche. Tenía miedo de mí misma, tenía miedo de Dios. De día, tenía menos miedo y menos grave parecía la muerte. Pero ella no me abandonaba. Yo quería matar a mi hermano mayor, quería matarlo, llegar a vencerle una vez, una sola vez y verlo morir. Para quitar de delante de mi madre el objeto de su amor, ese hijo, para castigarla por quererle tanto, tan mal, y sobre todo para salvar a mi hermano pequeño, eso creía yo, mi hermano pequeño, mi niño, de la vida llena de vida de ese hermano mayor plantada encima de la suya, de ese velo negro que ocultaba el día, de la ley que él representaba, que él dictaba, un ser humano, y que era una ley animal, y que en cada instante de cada día de la vida de ese hermano menor sembraba el miedo en esa vida, miedo que una vez alcanzó su corazón y lo mató.

He escrito mucho acerca de los miembros de mi familia, pero mientras lo hacía aún vivían, la madre y los hermanos, y he escrito sobre ellos, sobre esas cosas sin ir hasta ellas.

La historia de mi vida no existe. Eso no existe. Nunca hay centro. No hay camino, no hay línea. Hay vastos lugares donde se insinúa que hubo alguien, no es cierto, no hubo nadie. Ya he escrito, más o menos, la historia de una reducida parte de mi juventud, en fin, quiero decir que la he dejado entrever, me refiero precisamente a esta, a la de la travesía del río. Lo que hago aquí es diferente, y parecido. Con anterioridad, he hablado de los periodos claros, de los que estaban clarificados. Aquí hablo de los periodos ocultos de esa misma juventud, de ciertos ocultamientos a los que he sometido ciertos hechos, ciertos sentimientos, ciertos sucesos. Empecé a escribir en un entorno que predisponía en sumo grado al pudor. Escribir, para ellos, aún era un acto moral. Escribir, ahora, se diría que la mayor parte de las veces ya no es nada. A veces sé eso: que cuando no es, incluyendo todas las cosas, ir en pos de la vanidad y el viento, escribir no es nada. Que cuando no es eso, cada vez, incluyendo todas las cosas en una sola en esencia incalificable, escribir no es más que publicidad. Pero por lo general no tengo una opinión,

veo que todos los campos están abiertos, que no habría más muros, que lo escrito no sabría dónde meterse para esconderse, hacerse, leerse, que su inconveniencia fundamental ya no sería respetada, pero no pienso más allá.

Ahora comprendo que muy joven, a los dieciocho, a los quince años, tenía ese rostro premonitorio del que se me puso luego con el alcohol, en mitad de mi vida. El alcohol suplió la función que no tuvo Dios, también tuvo la de matarme, la de matar. Ese rostro del alcohol llegó antes que el alcohol. El alcohol lo confirmó. En mí había un lugar para el alcohol, sabía que existía, como las demás, pero, curiosamente, antes de tiempo. Al igual que en mí había un lugar para el deseo. A los quince años tenía el rostro del placer y no conocía el placer. Ese rostro parecía muy poderoso. Incluso mi madre debía de notarlo. Mis hermanos lo notaban. Para mí todo empezó así, por ese rostro evidente, extenuado, esas ojeras que se anticipaban al tiempo, al *experiment*.

Quince años y medio. Es durante la travesía del río. Cuando regreso a Saigón, viajo, sobre todo cuando cojo el autocar. Y esa mañana cogí el autocar en Sadec, donde mi madre dirige la escuela femenina. Es el final de las vacaciones escolares, ya no sé cuáles. Fui a pasarlas a la casita de funcionaria de mi madre. Y ese día regreso a Saigón, al pensionado. El autocar de los indígenas salió de la plaza del mercado de Sadec. Como de costumbre mi madre me acompañó y me confió al conductor, siempre me confía a los conductores de los autocares de Saigón, por si hay un accidente, un incendio, una violación, un asalto pirata, una avería mortal del transbordador. Como de costumbre el conductor me colocó cerca de él, delante, en el lugar reservado a los viajeros blancos.

En el transcurso de este viaje es cuando quizá la imagen se desprendió, se desligó de la totalidad. Pudo haber existido, pudo haberse hecho una fotografía, como otra, en otra parte, en otras circunstancias. Pero no se tomó. El objeto era demasiado insignificante para provocarla. ¿Quién hubiera

podido pensar en eso? Solo hubiera podido tomarse si se hubiera podido presentir la importancia de ese suceso en mi vida, esa travesía del río. Pues, mientras tenía lugar, aún se ignoraba incluso su existencia. Solo Dios la conocía. Por eso, esa imagen, y no podría ser de otro modo, no existe. Ha sido omitida. Ha sido olvidada. No ha desprendido, no se ha desligado de la totalidad. Al hecho de que no se tomara debe su virtud, la de representar un absoluto, la de ser precisamente el artífice.

Es, pues, durante la travesía en transbordador en un brazo del Mekong que se halla entre Vinhlong y Sadec, en la gran planicie de barro y de arroz del sur de la Cochinchina, la de los Pájaros.

Me apeo del autocar. Me acerco a la borda. Miro el río. Mi madre a veces me dice que nunca, en toda mi vida, volveré a ver ríos tan hermosos como estos, tan grandes, tan salvajes, el Mekong y sus brazos, que descienden hacia los océanos, esos terrenos de agua que van a desaparecer en las cavidades del océano. En la planicie, hasta donde

alcanza la vista, esos ríos fluyen deprisa, se derraman como si la tierra se inclinara.

Siempre me apeo del autocar al llegar cerca del transbordador, por la noche también, porque siempre tengo miedo, tengo miedo de que los cables cedan, de que seamos arrastrados hacia el mar. En la brutal corriente contemplo el último instante de mi vida. La corriente es tan fuerte que podría arrastrarlo todo, incluso piedras, una catedral, una ciudad. Hay una tempestad que ruge en el interior de las aguas del río. Del viento que forcejea.

Llevo un vestido de seda natural, muy usado, casi transparente. Antes fue un vestido de mi madre, un día dejó de ponérselo porque lo consideraba demasiado claro, me lo dio. Es un vestido sin mangas, muy escotado. Tiene ese color pardo que adquiere la seda natural con el uso. Recuerdo ese vestido. Creo que me sienta bien. Le puse un cinturón de cuero en la cintura, quizás un cinturón de mis hermanos. No recuerdo qué zapatos llevaba en esa época, solo algunos vestidos. Casi siempre voy con los pies desnudos en sandalias de

lona. Me refiero a la época anterior al colegio de secundaria de Saigón. A partir de ese momento siempre llevo zapatos, por supuesto. Ese día debo de llevar el famoso par de tacones altos de lamé dorado. No se me ocurre qué otros podría llevar ese día, o sea que los llevo. Los compró mi madre, estaban de saldo. Llevo esos lamés dorados para ir al instituto. Voy al instituto con zapatos de noche con pequeños adornos de pedrería. Así lo he decidido. Solo me soporto con ese par de zapatos y aún ahora me gusto así, esos tacones altos son los primeros de mi vida, son bonitos, han eclipsado a todos los zapatos que los han precedido, los zapatos para correr y jugar, planos, de lona blanca.

No son los zapatos la causa de que, ese día, haya algo insólito, inaudito, en la vestimenta de la pequeña. Lo que ocurre ese día es que la pequeña lleva en la cabeza un sombrero de hombre, de ala plana, un sombrero de fieltro flexible de color rosa palo con una ancha cinta negra.

La ambigüedad determinante de la imagen está en ese sombrero.